

EL ÉXITO DE LA TELEBASURA

A lo largo de la historia han sido muchas las invenciones que nos han facilitado la vida. Desde la invención de la bombilla por Thomas Edison en 1879, o la del teléfono en 1854, el ser humano se ha visto capaz de desarrollar las actividades que le son propias de una manera más cómoda a como lo hacían antes de la existencia de dichos inventos. Sin embargo, existe una invención que ha venido causando polémicas desde su aparición alrededor del 1884: la televisión.

Cuando se inventó este aparato, se produjo una revolución en la sociedad, ya que los ciudadanos del mundo fueron testigos de cómo un simple objeto era capaz de representar imágenes en movimiento e, incluso, con sonido, algo nunca visto anteriormente como objeto casero. En ese momento histórico la televisión permitía a la población de todos los lugares del mundo conocer día a día qué estaba pasando a su alrededor con tan solo pulsar un botón. Era un instrumento que permitía a las personas saber cuál era la situación de su país, mostrando la realidad ideológica y social del momento.

Pero la concepción de este invento ha cambiado notablemente a lo largo de la historia hasta llegar a nuestros días.

Son evidentes los cambios que la televisión ha sufrido, pasando de transmitir secuencias en blanco y negro a hacerlo a color, o de aumentar su número de canales, de los dos que tenía inicialmente a una infinitud de ellos, de gran variedad temática, que posee en la actualidad.

Todos podemos darnos cuenta de que la televisión es un objeto, para la mayoría de la gente, fundamental, porque, ¿qué ocurriría si tal día como hoy no pudiéramos conocer el tiempo que va a hacer mañana, o, en rasgos más generales, si no tuviéramos conocimiento alguno de los sucesos que están aconteciendo alrededor del mundo?

Porque somos seres sociales, ya lo decía Rousseau, y como tales no podemos considerarnos al margen de la sociedad, pertenecemos a ella, somos nosotros, como individuos, los que hacemos posibles las relaciones sociales. Y estas relaciones sociales no están estancadas, sino que están en cambio constante, dando lugar a relaciones ideológicas, relaciones políticas o relaciones culturales. En algunos momentos estas relaciones serán positivas, y será entonces cuando nos encontremos en un estado de armonía; pero en otras ocasiones no lo serán, habrá oposición de ideas, de pensamientos, intereses enfrentados que darán lugar a situaciones de malestar, pudiendo llegar, en el peor de los casos, incluso a guerras internacionales.

Estas situaciones tienen su origen en la actividad de los individuos que, al vivir en sociedad, choca en ocasiones con la actividad de otros. Y, si esto es así, si la causa de todo efecto, ya sea positivo o negativo, siempre es un individuo, ¿no deberían tener los ciudadanos del mundo, como individuos, derecho a conocer la situación en la que el mundo se encuentra para poder así actuar de la manera adecuada, de forma que puedan evitar ser ellos los causantes de dichos males? ¿Y no es acaso la televisión el medio principal que tenemos para conocer estos sucesos?

En efecto, lo es, y prueba de ello es la presencia de este aparato eléctrico en más del 95% de los hogares del mundo. Y no solo es un medio para hacernos conocer la situación del planeta, sino que además es una herramienta cada vez más útil para hacer aumentar nuestros conocimientos en todas las áreas del saber. Son muchas las opciones

que la televisión nos ofrece para ello, desde programas culturales, que gracias a su dinamicidad consiguen despertar el interés del espectador que, en cierto, modo, asimila, en menor o mayor grado, conocimientos nuevos, o los documentales, que aportan a su público la obtención de datos que antes desconocían, o programas de viajes, que nos permiten conocer las culturas de otros países e, incluso, muchas veces, las del nuestro propio, y recientemente, además, para aquellas personas interesadas en los idiomas, programas a modo de clases que ayudan al aprendizaje de estos. Y estas son solo algunas de las múltiples opciones que la televisión ofrece actualmente. Sin embargo, hay que añadir otro tipo de “programas” cada vez más vistos por los espectadores. Programas que podemos ver a cualquier hora, esos programas que no tienen ninguna moraleja, que no nos aportan nada, más que en casos contados, mero entretenimiento. Hablo de la llamada “telebasura”.

Porque es evidente que la mayoría de la gente, cuando vuelve a casa tras un agotador día de trabajo, lo único que busca es descansar y muchas de estas personas lo hacen leyendo un libro, otras pasando tiempo con su familia y otras viendo la televisión.

Y habrá personas que enciendan este aparato sabiendo de antemano lo que quieren ver pero, seamos realistas, la inmensa mayoría simplemente se dedica a hacer zapping hasta encontrar algo divertido, entretenido, fácil de ver. Y es aquí donde toman un papel importante un determinado tipo de programas, dentro de los cuales, según mi punto de vista, hay que agrupar a los llamados “programas del corazón”, los *reality shows* y, podríamos considerar también dentro de este grupo los programas de “llama y gana” y los típicos “tarots televisivos” y “consulta a la pitonisa”.

Todos estos “programas” tienen una característica en común: saben captar nuestra atención. Porque son diferentes, variopintos, en definitiva, tienen algo, algo que hace que cada vez más personas los sigan a diario.

Y esto se puede ver reflejado en los porcentajes de audiencia de las cadenas televisivas, donde estos programas alcanzan el liderazgo por encima de programas de otro tipo, programas que no tratan de exponer públicamente la vida de un personaje televisivo, o de grabar cada segundo de las vidas de un grupo de concursantes durante algunos meses, o de soltar a un grupo de personas en una isla desierta para comprobar su instinto de supervivencia, programas que, a pesar de tener unos valores, una finalidad, inexistente en el otro grupo, no gozan del mismo éxito.

Entonces, ¿a qué se debe el éxito de la telebasura?

La solución fácil a esta pregunta sería dar una respuesta, pero podría asegurar con toda certeza que no hay un punto clave que garantice su éxito, creo que en realidad depende de múltiples factores.

Bien podría ser su aparente interés público, su gracia, sus temas poco frecuentes, que los hacen más amenos, el carisma de los presentadores que los conducen o la simpatía de los protagonistas, ¿no estáis de acuerdo?

Ahora bien, no es así como yo lo veo. No ha sido una sola vez, sino que en varias ocasiones ha sido demostrada la inautenticidad de este tipo de programas. ¿Interés público? No creo que nadie haya escrito ninguna carta a las cadenas televisivas pidiendo

la emisión de frecuentes discusiones entre personas con alguna que otra palabra malsonante. ¿Gracia? No creo que sea la palabra adecuada para calificar a estos programas ¿Temas poco frecuentes? Si nos paramos a pensar, todos hemos pasado por lo que ocurre en estos programas, sin embargo, no hemos realizado un *casting* para encontrar el amor, o para que la gente, desde sus casas, decida con un mensaje de móvil si merecemos seguir siendo acosados por cámaras durante una semana más. ¿Presentadores con carisma? Es evidente, si no lo tuvieran, no estarían donde están. Y, ¿protagonistas simpáticos? ¿O más bien actores competentes?

Podríamos buscar alguna ventaja de ver estos programas, pero a la larga, nos daríamos cuenta de que no las hay. Son programas planos, sin evolución, con un tema inmutable, que, sin embargo, es una adicción para miles de individuos. Y, por eso, como individuos, debemos concienciarnos de la necesidad de desintoxicarnos de la telebasura.

Porque ¿es esta la sociedad que queremos? ¿Queremos una sociedad formada por individuos cuya principal motivación es observar cómo un grupo de personas ganan dinero a base de hacernos perder tiempo?

No es lo que queremos y, sin embargo, no luchamos por remediarlo. No dejemos que la telebasura consiga su éxito a base de darnos lo que queremos ver porque, en el fondo, sabemos que no es lo que queremos ver, sino a lo que nos tienen acostumbrados. Pero, como bien dijo Marx, somos un ser histórico, debemos ser nosotros los que busquemos el cambio que nos haga mejores, y esto puede ser un pequeño cambio, pero las pequeñas aportaciones de muchas personas podrían convertirse en un gran movimiento, y, quizá, el simple hecho de sustituir la telebasura por cosas que merecen la pena, que sean útiles,

como los libros, quizá ese simple hecho podría ser lo que nos haga grandes, lo que nos haga querer llegar a convertirnos en lo que sabemos que podemos ser. Y, con un poco más de decisión personal, y un poco menos de abstracción común, podemos conseguir, con acciones individuales, dar el soplo de cultura que le falta a esta sociedad corrompida por la televisión.

Autora:

Noemí Carpintero Hernández, alumna de 2º de Bachillerato C. Curso 2010-2011